

CRITICA DE LA ESCALADA

UN paso más en la escalada: las bombas americanas caen en la frontera del Vietnam del Norte con China, y se desdena la proximidad de aglomeraciones civiles para atacar lo que Washington considera objetivos de guerra. Son acciones «peligrosas y estúpidas», dice la conciencia, siempre alerta, del senador Fulbright, de la oposición demócrata. «Cuando son menores los resultados de la escalada, la Casa Blanca parece más decidida a creer que la escalada debe progresar», escribe el «Herald Tribune», de Nueva York, y añade: «El fruto de treinta meses de bombardeos sobre el Vietnam del Norte y la multiplicación por veinte del envío de tropas americanas ha sido un aumento en la cantidad de tropas del Vietnam del Norte que invaden el Sur. Se dice que en el Norte hay aún 14 divisiones intactas. Cualquier esfuerzo para sostener la guerra contra ellos puede multiplicar el riesgo de intervención directa de China y de Rusia». En efecto, si las cuentas americanas de enemigos muertos se elevan a doscientos mil durante toda la guerra, en cambio se enfrentan ahora con el mayor número de guerrilleros y soldados, que evalúan en 297.000; las trampas, las lanzas, los sables y los escasos fusiles de los primeros días se han convertido en morteros, cohetes, artillería, lanzallamas y armas automáticas de infantería; el terreno controlado y dominado por los Estados Unidos y sus aliados no se amplía, y la moral de la retaguardia no mejora. Las elecciones del 3 de septiembre no ofrecen ningún aliciente; ni pueden representar la voluntad del país, puesto que el Vietnam del Sur no está en condiciones de celebrar una votación normal, ni los civiles creen en la sinceridad del grupo militar que ejerce el poder. Se había supuesto, en un principio, que de estas elecciones podría salir un gobierno moderado que se encontrase con Hanoi «en medio del camino» y pudiera discutir las condiciones de paz; la nueva medida de la escalada, la intensificación de la guerra, demuestra que la misma Casa Blanca ha perdido su fe en esta operación política. Kennedy ha dicho en el senado —y con él otros senadores— que si «como parece» el mariscal Ky está pervirtiendo el sentido democrático de las elecciones, valdría más que los Estados Unidos abandonasen el Vietnam.

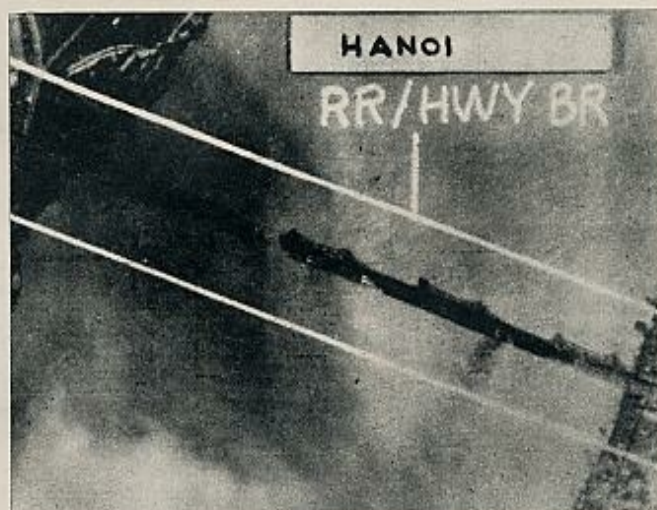
Entre las muchas cosas que se pueden poner en duda en estos momentos, una de ellas es el valor estratégico de la escalada. ¿Qué es la escalada? Un experto la define como «la unificación en un mismo desarrollo de todas las formas actualmente concebibles de operaciones militares, incluyendo las referentes a la guerra psicológica, y su clasificación por orden de eficacia. En el momento en que se puede realizar tal lista, es posible limitar la respuesta. Esto es: si el adversario hace un gesto calificado con el coeficiente cinco, se le responderá con un gesto del coeficiente seis, y no se pasará el grado superior más que si el mismo enemigo prosigue la escalada». Es decir, se trata de calcular los riesgos. Se puede dudar seriamente del valor de la escalada, desde el momento en que si un país puede calcular fácilmente sus propios coeficientes, no es fácil calcular los del enemigo. No se trata de un juego, donde pueden estar calculadas o imaginadas todas las posibles operaciones del enemigo, que acepta por sí mismo y para su contrincante unas reglas. En guerra y en política existe lo imprevisible.

Es posible que entre la URSS y los Estados Unidos hayan existido, desde los tiempos de la guerra fría y hasta nuestros días, unas reglas de escalada y desescalada, tácitamente aceptadas y contando con un límite máximo del que hay que huir: la guerra atómica. En un principio, todos los movimientos en el mundo parecían depender de esta gran partida, incluso el principio de la guerra del Vietnam. Pero, de pronto, otros factores inesperados, imprevisibles, comenzaron a aparecer en el mundo. La rebeldía de China, por ejemplo, trastornó todos los cálculos no sólo de Estados Unidos, sino de la URSS. En el momento en que China no aceptó el valor absoluto de la bomba atómica

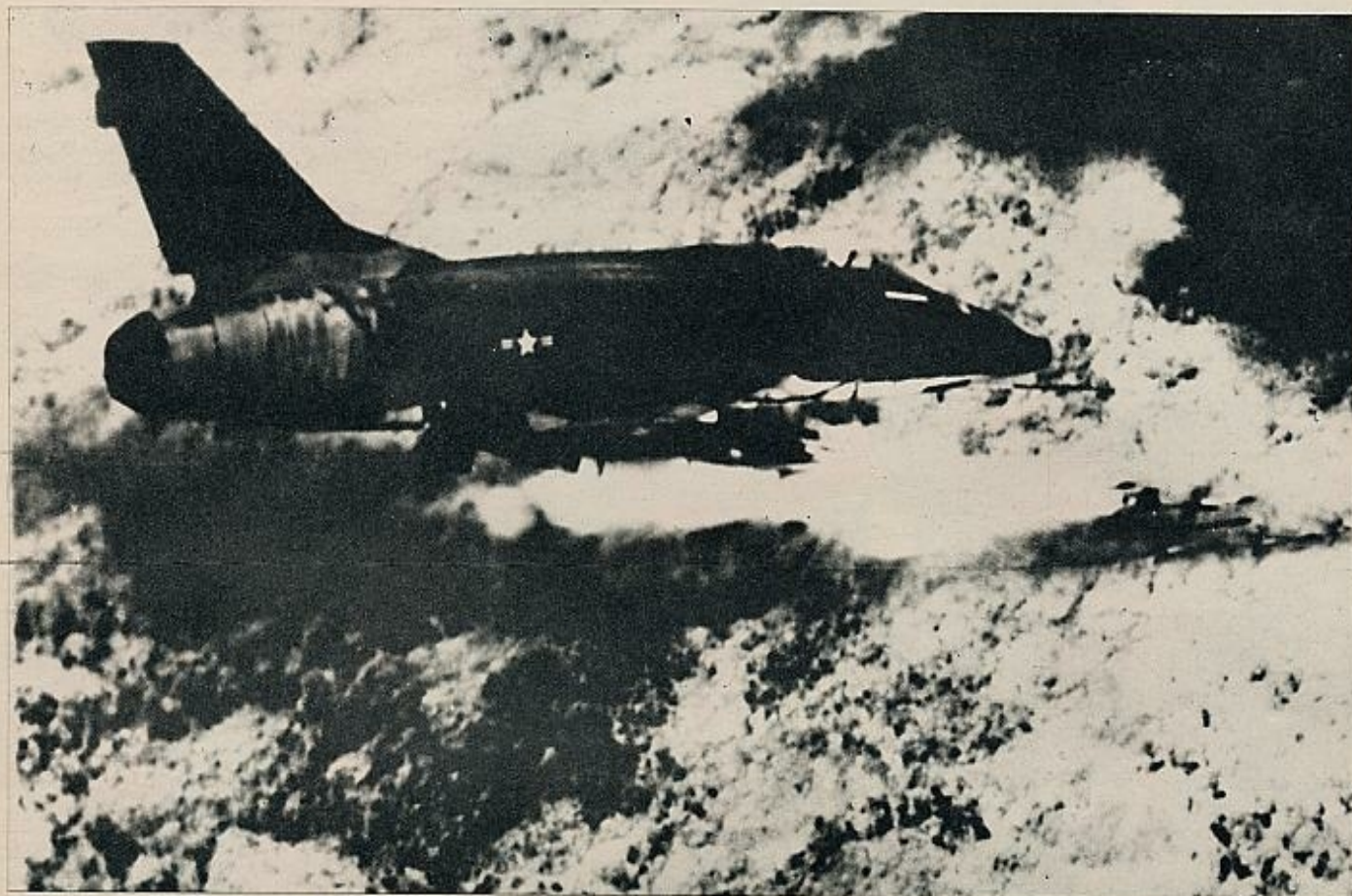
Por EDUARDO HARO TEGLEN

—«un tigre de papel»— y contrapuso como valor el de la insurrección general, el sentido de las reglas del juego se perdió. Si China atraviesa hoy por una lenta anarquía de resultados, momentáneamente imprevisibles, ello no hace más que trastornar más el sentido del gran juego. Un reproche importante se puede oponer a la tesis de Mao Sé Tung. Si la jugada máxima de la bomba atómica puede decidirse bajo ciertas condiciones históricas y lanzarse mediante la pulsación de un botón, la insurrección mundial contra el capitalismo —y contra el «revisionismo soviético», como aparece en las declaraciones chinas— no tiene ese carácter de instantaneidad. Las revoluciones se producen cuando las «condiciones objetivas» se cumplen y, a veces, viven por sí solas. Y éste es otro factor del juego imprevisible, no incluido en la escalada: los movimientos espontáneos.

La guerra del Vietnam, por ejemplo, vive por sí sola. Si en un principio pudo pensarse que era una guerra «rusa» o una guerra «china», sus sucesivas transformaciones y la toma de conciencia de los vietnamitas, el hecho mismo de la creciente intervención americana, le ha dado otro carácter. Un carácter de guerra nacional, de guerra de independencia contra el extranjero, de revolución contra la colonización. Lo reconocía, recientemente, U Thant, secretario general de las Naciones Unidas. Desde hace años Ho Chi Minh se preocupa muy especialmente de evitar toda intervención de sus aliados ideológicos —aunque reciba su ayuda material— para preservar precisamente el carácter nacional de «su» guerra. Una intervención masiva de rusos o de chinos, que no podrían evitar —como no lo evitan, por muchos esfuerzos que hagan, los Estados Unidos— una cierta presión de autoridad y de superioridad sobre los habitantes del país, desvirtuaría las condiciones morales de la guerra. La reciente declaración de La Habana, verdadera apertura de condiciones de guerrilla contra los Estados Unidos, simultaneada con el reproche a la URSS por la falta de asistencia, y rechazando al mismo tiempo las acusaciones de «chinismo», representa otro movimiento espontáneo, independiente del gran juego. Como la situación del Oriente Medio, como la de ciertos países de África y de Asia —en Birmania puede comenzar en cualquier momento un nuevo Vietnam—. Se ha visto fácilmente —salvo



El senador Fulbright ha calificado a las últimas operaciones aéreas americanas de «peligrosas y estúpidas». En la foto, el puente recientemente bombardeado en el corazón de Hanoi, sobre el río Rojo. Resultó dañado en ferrocarril.



Las bombas americanas en la frontera de Vietnam del Norte con China suponen un paso más en la escalada, justo cuando los resultados de ésta son menores.

por los que no quieren ver nada— que a la URSS no le interesa nada el revolucionarismo hispanoamericano ni la actitud de los árabes; Johnson, probablemente, daría hoy lo que pudiera por conseguir que Israel volviese a sus puntos de partida y dejase de crear un foco de peligro en Oriente Medio. Todos estos problemas se plantean cuando se trata de proseguir una escalada estratégica de alcance mundial. Cuando es de alcance local, como en el Vietnam, está también desprestigiada. Es muy posible que si los Estados Unidos hubiesen volcado sobre el Vietnam del Sur todo el exceso de fuerza militar que han ido acumulando poco a poco en varios años de escalada, hubiesen conseguido fácilmente, si no una victoria militar, una negociación aceptable. Hoy ya es demasiado tarde. La escalada ha sido una especie de vacuna que ha hecho crecer los elementos de defensa en el cuerpo del enemigo.

De todos estos factores contrarios a la escalada, por imposibilidad de tenerlos previstos, probablemente el más grave es el de crisis interior en los Estados Unidos. El exceso de gastos y la necesidad de movilización de personas y recursos a que obliga la escalada en el Vietnam, repercute cada vez más sobre las clases menos privilegiadas de los Estados Unidos y, directamente, sobre un sector nacional tan dolorido como es el de los negros. Cuando se suman a estos factores sociales y económicos los factores psicológicos —los ideólogos, los intelectuales, los estudiantes que mantienen las tradicionales premisas de libertad y democracia— se obtiene una situación crítica. «La guerra del Vietnam envenena nuestra vida interior», dice Fullbright. Dejémosle a él mismo definir la situación: «No solamente la guerra del Vietnam aparta de nuestras ciudades, donde el odio reina, los recursos humanos y materiales necesarios, no solamente alimenta en los negros la convicción de que su país permanece indiferente ante sus condiciones de vida, sino que además contribuye a propagar la idea de que la violencia constituye un medio de resolver los problemas. Si, como lo ha dicho Mr. Rusk, sólo el reino de las bombas puede volver razonable a Ho Chi Minh, ¿por qué el mismo principio no ha de ser válido en el terreno del interior?». En efecto, pueden

pensar los negros que el incendio de Detroit puede volver razonables a los blancos...

Como consecuencia de este sentimiento de frustración, comienza a aparecer en Washington un deseo de regresar al aislacionismo, de olvidar la pretensión de convertirse en los «gendarmes del mundo». En un principio, para muchos ciudadanos esta postura revestía un cierto idealismo. Se trataba de ayudar a los pueblos «a ser libres». Poco a poco esta encarnadura ha ido desapareciendo, y quedando al descubierto el esqueletaje de los intereses de guerra y de dominio de grandes empresas, cuyos beneficios no revierten en favor de la totalidad del país, sino que, al contrario, exigen sacrificios del pueblo para sostener la Bolsa. Cerca de doscientos muertos por semana en el Vietnam y un aumento del diez por ciento en los impuestos hacen ver la brutalidad del tributo en sangre y dinero, precisamente cuando los sectores bajos de la sociedad ven mermados sus presupuestos familiares.

Ronald Steel acaba de publicar un libro, con el título «Paz Americana», en el que supone que Estados Unidos deben regresar al aislacionismo, mediante una salida de Europa —aun a costa de que prevalezca en ella una hegemonía francesa—, abandonar totalmente Africa, mantener una estrategia periférica en Asia y olvidar la ilusión de que su programa de ayuda puede transformar las sociedades en Iberoamérica. «América —dice Steel— debe contribuir a la construcción del mundo no por las soluciones que trata de imponer a los otros países, sino por la forma en la cual realiza dentro de su propio país sus propios ideales». Muchos americanos piensan hoy así.

En estas circunstancias, Johnson pasa por su peor momento de crisis personal. La última encuesta de la opinión pública demuestra que solamente un 39 por ciento de los ciudadanos aprueban la política presidencial. El momento de exaltación que conoció durante el ataque de Israel y la falta de respuesta soviética se ha esfumado ya.

Fotos: UPI-CIFRA